

Carmen

Al

Maestro fray Luis

de León

3-4

MARZO DE MIL NOVECIENTOS VEINTIOCHO

SUMARIO DEL NÚMERO

3-4

al Maestro fray Luis de León

SOLEDAD

Federico García Lorca

A FRAY LUIS DE LEÓN.—*Vicente*

Aleixandre

LOS DOS ÁNGELES.—Rafael Alberti

ODA A SALINAS.—*José María*

Quiroga Plá

MESETA

Jorge Guillén

LLAMA NADADORA.—*José M.º de*

Cossío

ANTOLOGÍA

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

A LICE

CÁNTICO DE HABACUC

Fray Luis de León.

ESPINAS CUANDO NIEVA

Juan Larrea

HOMENAJE A FRAY LUIS DE

LEÓN.—Luis Cernuda

Entre las ocupaciones de mis estudios.

Fray Luis de León

POESÍA.—Manuel Altolaguirre

INVITACIÓN A LA TRANSPA-

RENCIA O LA NIEVE HA VA-

RIADO.—*Gerardo Diego*

EL INTERPRETE ENAJENADO.—

G. D.



Carmen

3-4

*N*UEVE llamas vivas, sinceras, unen aquí sus varios fulgores para cercar con una guirnalda de encendida voluntad de poesía algunos versos del Maestro fray Luis de León. Breves notas de prosa intentan amorosamente esclarecer matices y secretos de la estremada, imperecedera música de su rabel sonoro.

El nacimiento de fray Luis, que hoy celebramos, es también el de nuestra poesía clásica en la boca inicial de Garcilaso, siglo de oro que se cumplirá exactamente en la muerte, recién conmemorada, del otro nuestro don Luis.

Reciba fray Luis de León desde las luminosas moradas de su esfera,

si tocan voces vanas
sus lumbreras, cruceros y arquitebas,

esta leve ofrenda, estremecida de crecientes anhelos de espiritualidad, que Carmen y sus poetas hoy le entretejen.

S O L E D A D

Homenaje a Fray Luis de León

Difícil delgadez:

¿Busca el mundo una blanca,

Total, perenne ausencia?

JORGE GUILLÉN.

SOLEDAD pensativa
sobre piedra y rosal, muerte y desvelo,
donde libre y cautiva,
fija en su blanco vuelo,
canta la luz herida por el hielo.

Soledad con estilo
de silencio sin fin y arquitectura,
donde la flauta en vilo
del ave en la espesura,
no consigue clavar tu carne oscura.

En ti dejo olvidada
la frenética lluvia de mis venas,
mi cintura cuajada:
y rompiendo cadenas,
rosa débil seré por las arenas.

Rosa de mi desnudo
sobre paños de cal y sordo fuego,
cuando roto ya el nudo,
limpio de luna, y ciego,
cruce tus fijas ondas de sosiego.

En la curva del río
el doble cisne su blancura canta.
Húmeda voz sin frío
fluye de su garganta,
y por los juncos rueda y se levanta.

Con su rosa de harina
niño desnudo mide la ribera,
mientras el bosque afina
su música primera
en rumor de cristales y madera.

Coros de siemprevivas
giran locos pidiendo eternidades.
Sus señas expresivas
hieren las dos mitades
del mapa que rezuma soledades.

El arpa y su lamento
prendido en nervios de metal dorado,
tanto dulce instrumento
resonante o delgado,
buscan ¡oh soledad! tu reino helado.

Mientras tú, inaccesible
para la verde lepra del sonido,
no hay altura posible
ni labio conocido,
por donde llegue a ti nuestro gemido.

FEDERICO GARCÍA LORCA

1928

A FRAY LUIS DE LEÓN

¿*QUE* linfa esbelta, de los altos hielos
hija y sepulcro, sobre el haz silente
rompe sus fríos, vierte su corriente,
lucos llevando, derramando cielos?

¿*Qué* agua orquestal bajo los mansos celos
del aire, muda, funde su crujiente
espuma en anchas copias y consiente
terso el diálogo, signo y luz gemelos?

La alta noche su copa sustantiva
—árbol ilustre—yergue a la bonanza,
total su crecimiento y ramas bellas.

Brisa joven de cielo, persuasiva,
su pompa abierta, desplegada, alcanza
largamente, y resuenan las estrellas.

VICENTE ALEIXANDRE

LOS DOS ÁNGELES

ÁNGEL de luz, ardiendo,
¡oh, ven!, y con tu espada
incendia los abismos donde yace
mi subterráneo ángel de las nieblas.

¡Oh espadazo en las sombras!
Chispas múltiples,
clavándose en mi cuerpo,
en mis alas sin plumas,
en lo que nadie ve,
vida.

Me estás quemando vivo.
Vuela ya de mí, oscuro
Luzbel de las canteras sin aurora,
de los pozos sin agua,
de las simas sin sueño,
ya carbón del espíritu,
sol, luna.

Me duelen los cabellos
y las ansias... ¡Oh, quémame!
¡Más, más, sí, sí, más! Quémame!

¡Quémalo, ángel de luz,
custodio mío,

tú que andabas llorando por las nubes,
tú, sin mí, tú, por mí,
ángel frío de polvo, ya sin gloria,
volcado en las tinieblas!

¡Quémalo, ángel de luz,
quéname y huye!

RAFAEL ALBERTI

O D A A S A L I N A S

*H*OY mi amistad estrena
Por ti con virgen pie montes y llanos,
Y mar y cielo ordena
En versos cotidianos
En el atlas bivalvo de tus manos.

Tú, en la playa errabunda
De mi avidez cordial, tiende el exacto
Nivel de tu profunda
Marea, y selle el pacto,
En páginas de arena, eterno impacto,

Mientras guío el redondo
Caudal de mi entusiasmo hacia las minas
De luz en cuyo fondo
Tus voces disciplinas
Jugando resonancias diamantinas,

De estrellas en retraso
Estrujando racimos en tu pozo,
Administrando el paso
Al apetito mozo,
En una eterna víspera del gozo.

Ahora que, peregrino
Por pistas de recodos musicales,
Frente y saludo inclino
A rozar tus umbrales
Verdes con frescas sombras de parrales,

*Mira que, si no nuevo
Verso, si nueva voz traigo a tu oído:
Mi mocedad, al cebo
Del canto no uprendido
Que teje entre tus dedos su latido.*

*De humanada—si pura—
Belleza, me eres fuente—o ya colmena—
Que sangre de hermosura
Precipita en la vena
Que el alza y baja de mi vida ordena.*

*Déjame que amaestre
Mi agraz inexperiencia en tu madura
Madurez, y que adiestre
Mis fugas de aventura
En tus campos, cuadrados de medida.*

*Que me doctore deja
En tu suma de esencias y sabores,
Y, clandestina abeja,
Hurte en tus obradores
Secretas cifras de inventadas flores.*

*Mi aliento reconstruya
Sobre la agenda en blanco de mi vida
La clave de la tuya,
Cuyo compás me mida
Pulso y pisar, con música no oída.*

*Que yo sé tu incansable
Agavillar cosechas de minutos,
Segador insaciable
A que rinden tributos
Norte, Sur, Este, Oeste, en flor y frutos;*

*Y te sé navegante
De cielos, de paisajes y oceanos,*

*Por brújula el diamante
Que alumbra entre tus manos
Escorzos y perfiles ciudadanos,*

*Creando en tu cuaderno
No el solitario estéril de los días,
Mas su esqueleto eterno,
Sin grúas ni Gran-Vías,
Argonauta de todos los tranvías,*

*Poeta — humano aliento
Que el perenne pulmón del mundo exhala:
Humo azul no, en el viento
Efímero, pero ala
De acero, inmune a zarpa, soplo y bala.*

*A tu costa hoy arribo,
Latiendo mis sirenas en jauría
Cuyo clamor inscribo,
Violento, en la bahía
Que abre tu paz ante la audacia mía,*

*Piloto sé, y hermano,
A esta mano de ciego que encomiendo
Al calor de tu mano
En tanto que desvendo
Mis ojos, y a tu oído mi voz tiendo;*

*Porque no he de volverme
A la mar si tu mano no me guía
A la isla en que duerme,
Desnuda, — al tacto, fría;
Por dentro, brasa—, en perla, la poesía.*

JOSÉ MARÍA QUIROGA PLA

Salamanca, enero 1928.

M E S E T A

¡E SPACIO! Se difunde
Sobre un nivel de cima.
Cima y planicie, juntas,
Se acrecen, ¡luz!, y vibran.
¡Alta luz! ¡Altitud
De claridad activa!
Muchedumbre de trigos
En un rumor terminan:
¡Trigo aún y ya viento!
Silban en la alegría
Del viento las distancias.
Soplo total palpita.
Horizontes en círculo
Se abren. ¡Cuántas pistas
De claridad, tan altas
Sobre el nivel del día,
Zumban! ¡Oh vibración
Universal de cima,
Tránsito universal!
Cima y cielo desfilan.

JORGE GUILLÉN

LLAMADORA

MUCHAS veces se ha ensayado el acuñar en una frase el fenómeno, bien sabido, de las fórmulas retóricas consagradas, continentes de nuevas ideas o sensaciones. A fray Luis cuadraría cualquiera de estos tópicos. Es evidente que Menéndez y Pelayo decía verdad cuando decía

*... León sus rasgos peregrinos
en el molde encerraba de Venusa.*

Pero lo importante es desvendar de sus coberturas esos rasgos peregrinos; dar un contenido diferencial a esa vaga expresión.

Siempre es grato desempolvar al venerable—y taimado—venusino para intentar una vez más el paralelo reiterado con fray Luis. Sirva ahora—y lo más sobriamente posible—el más manoseado—por ellos y por los demás—de sus tópicos: el elogio de la vida del campo. (Siempre son respetables las preferencias repetidas de los predecesores. Propios descubrimientos nos hacen, a veces, mirar con desdén presuntos errores de prelación. Por esta vez volvamos a dar todo su valer discernidor al asentimiento tradicional.)

Horacio dedica su fervor campestre en primer plano a la tranquilidad de la vida; sentimiento ajeno a lo puro poético y aun a lo humano poético. Ni aun este deseo se da directamente, entusiastamente, sino como reacción contra las molestias y preocupaciones de la atareada existencia cortesana. No me refiero a los pasajes en que este anhelo se atribuye al mercader o al usurero para desvirtuarle con una salida de tono, como en la oda a Mecenas o en la segunda de los épicos, sino a aquellos en que el poeta habla del campo gozado por él directamente. Así es pretexto de declamación moral en la sátira, hoc erat in votis..., pretexto de adulación verbosa en la epístola a Mecenas, quinque dies tibi..., pretexto de ingeniosa peroración en la carta a su mayordomo.

El segundo aspecto del fervor campero de Horacio es también docente, y aunque de más elevación moral, no de mayor jerarquía

poética ni patética. Característica pieza en este sentido es su epístola a Aristio Fusco, en que le persuade de la superioridad de la vida del campo sobre la de las ciudades por ser aquélla más acomodada a la naturaleza. Sugestiva es esta posición, pero no ciertamente por su valor poético. El campo, sustantivamente el campo, se nos escamotea de nuevo y sólo resonancias descriptivas pretenden asediar el espíritu predispuesto al puro gozar campestre.

Alguna vez olvida su prurito docente y aleccionador, tan devotamente formulado en su arte poética, y entonces hace comparecer los más expresivos testigos de su sentimiento de la naturaleza. Así una leve emoción religiosa pasa sobre sus sembrados al impetrar para sus cosechas la protección de Fauno (nympharum fugientum amator), o al consagrar a Diana (montium custos, nemorumque virgo) el pino que daba sombra a su casa de campo, o, más humana y emocionadamente, al invitar a Tito Septimio a acompañarle en la vejez a la campiña de Tívoli, o a la de Tarento, hasta derramar unas lágrimas sobre sus cenizas ya devueltas a la tierra amada.

Tras este compendioso memento consideremos algún viso campestre de la poesía de fray Luis. Fácil es advertir lo común con Horacio. Se declama igualmente contra preocupaciones y trástagos ciudadanos; se elogia la vida campestre como acomodada a nuestra naturaleza e inclinaciones. Todo esto es Horacio, apenas elevado de plano moral por un coeficiente cristiano imprescindible de considerarse al estudiar la poesía de nuestro fraile. Pero algo más hay que no está en Horacio; algo que un recibido, y no infeliz, tópico crítico ha llamado el sentimiento del paisaje. La pasión inflamada de fray Luis se comunica—y les anima—a los accidentes naturales. Es su ardiente contacto el que hace vibrar con vitalidad maravillosa la inerte naturaleza.

Del monte en la ladera
por mi mano plantado tengo un huerto.

Por mi mano, es decir, interviniendo el poeta de un modo directo como un elemento más de la naturaleza a la floración maravillosa de la Primavera. El poeta ama al campo en sí y, usando de un equívoco calderoniano, al par le anima. Por eso vive su espíritu en él, es decir, donde ama y donde anima. Un solo elemento, capital, impres-

cindible, del paisaje, el agua, toma vida en los versos de fray Luis. Su fontana pura es vena viva, inquieta, en cierto modo humana. No es la fuente de Bandusia, splendidior vitro, fría y transparente; ni los agradables y rústicos arroyos, ruris amoeni rivos, con que tratara de excitar la envidia de Aristio Fusco, empedernido ciudadano; ni la medicinal fuente de su casa de campo, infirmo capiti fluit utilis; ni la convidadora al sueño, lymphis obstrepunt manantibus, que ha de poner su grato contrapunto al cantar de las aves en el bosque. La fuente de fray Luis sufre inquietud y urgencias de la pasión, rie y estropeiza en el escenario de los diálogos de los nombres de Cristo y, humanamente, con urgencia y voluntad vivas, se apresura curiosa de ver y codiciosa de acrecentar la hermosura del huerto.

Este modo de animar lo inerte insuflándolo una pasión viva es distinción cardinal entre Horacio y fray Luis. Inflamado el campo con el calor de la pasión se derrite el hielo académico—transparente y limpio—y el poeta conduce su ardor lírico por el mar cristalizado y esplendoroso del universo horaciano. Con Quevedo puede repetir el verso insuperable—Nadar sabe mi llama la agua fría—. Por las aguas pobladas de convencionales evocaciones mitológicas, por el mar frío y rumoroso del cosmos renacentista, la poesía de fray Luis nada, viva y segura como la nave que conduce en sus versos el cuerpo de Santiago por el helénico y latino Mediterráneo.

Por los tendidos mares
la rica navecilla va cortando.
Nereidas a millares
del agua el pecho alzando,
turbadas entre sí, la van mirando.

Y de ellas hubo alguna
que con las manos, de la nave asida,
la aguija con la una,
y con la otra tendida,
a las demás que lleguen las convida.

Así todos los genios míticos impelen y acompañan la llama apasionada, nadadora de las frías corrientes latinas.

JOSÉ M.^a DE COSSÍO

ANTOLOGÍA

AL LICENCIADO JUAN DE GRIAL

RECOGE ya en el seno
el campo su hermosura, el cielo aoja
con luz triste el ameno
verdor, y hoja a hoja
las cimas de los árboles despoja.

Ya Febo inclina el paso
al resplandor egeo, ya del día
las horas corta escaso,
ya Eolo al mediodía
soplando, espesas nubes nos envía.

Ya el ave vengadora
del Íbico navega los nublados,
y con voz ronca llora,
y, el cuello al yugo atados,
los bueyes van rompiendo los sembrados.

El tiempo nos convida
a los estudios nobles, y la fama,
Grial, a la subida
del sacro monte llama,
do no podrá subir la postrer llama.

Alarga el bien guiado
paso, y la cuesta vence, y, solo, gana
la cumbre del collado,
y do más pura mana
la fuente, satisfaz tu ardiente gana.

No cures si al perdido
error admira el oro, y va sediento
en pos de un bien fingido;
que no así vuela el viento
cuanto es fugaz y vano aquel contento.

Escribe lo que Febo
te dicta favorable, que lo antiguo
igualara, y vence el nuevo
estilo: y, caro amigo,
no esperes que podré atener contigo.

Que yo, de un torbellino
traidor acometido, y derrocado
del medio del camino
al hondo, el plectro amado
y del vuelo las alas he quebrado.

A L I C E

(HORACIO: CARMINA, III, 10)

AUNQUE de Scitia fueras,
aunque más bravo fuera tu marido,
condolerte debieras,
Lice, del que ofrecido
al cierzo tienes en tu umbral tendido.

La puerta, la arboleda
¿oyes, del fiero viento combatida,
cuál brama? ¿Cuál se queda
la nieve ya caída,
del aire agudo en mármol convertida?

Deja: que es desamada
de Venus esa tu soberbia vana.
No te halles burlada;
no te engendró Toscana
a ser, como Penélope, inhumana.

¡Oh! aunque a domeñarte
ni tu marido de otro amor trocado,
ni ruego, ni oro es parte,
ni del enamorado
la amarillez teñida de violado;

un poco de medida
usa conmigo, oh sierpe, oh más que yerta
encina y roble, dura;
que no siempre tu puerta
podré sufrir, al agua descubierta.

CÁNTICO DE HABACUC

(HABACUC, III)

HIRIÓ, Señor, mi oído
una voz tuya y conocí tu intento
en venganza teñido,
y tanto temor siento
que, perdido y turbado,
las fuerzas y la sangre me han faltado.

¡Oh, gran Señor! la hechura
de esa tu liberal y franca mano,
cuando la esquivas y dura
del áspero tirano
hace su vida muerte,
la resucita a libre y feliz suerte.

En medio de los años
que pusiste por término al castigo,
mostrarás que estos daños
son heridas de amigo,
pues cuando más airado
estás de la piedad tan acordado.

Verná del encendido
austro mi Dios, y el Santo del umbroso
Farán, que ya vestido
de resplandor glorioso
el cristalino cielo,
y de su nombre tiene lleno el suelo.

Verná resplandeciente
como la luz de Febo en la alta cumbre,
y en su mano luciente
mil rayos de esta lumbre,
y allí estará escondida
su eterna fortaleza tan temida.

Ante su faz huyendo
irá la temerosa y triste muerte,
y luego apareciendo,
el enemigo fuerte,
de entre sus pies hollado,
su alcázar dejará desamparado.

Y hecho alto, en su silla
se sentará y hará medir la tierra
para distribuílla
a su gente de guerra,
que huestes y murallas
asolaron en lides y batallas.

Los montes encumbrados,
mil siglos en su alteza sostenidos,
dejará quebrantados
y en polvo convertidos,
y hará que humildes sean
los collados que el mundo señorean.

Que viendo el Ser divino
a quien la eternidad es su medida
hollar este camino,
se postrará rendida
toda la humana alteza
ante la majestad de su grandeza.

Ya vimos asentado
el ejército negro en la campaña,

para ser castigado
quien provocó su saña,
y después destrozadas
de Madián las tierras aforradas.

Tú, Señor, ¿no mostraste
hasta en los claros ríos tu ira ardiente,
y el furor declaraste
en su ronca corriente,
y el estar ensañado
en las olas del mar desatinado?

Que para acaudillallos
y pelear con ellos con tu lanza,
subes en tus caballos
y luego en ordenanza
tus carros acerados
irán a libertar aprisionados.

Sí: la funda que viste
tu arco has de quitar, y levántalle;
que al pueblo lo dijiste
y no puedes faltalle,
pues nunca diste al viento
tu palabra, tu fe y tu juramento.

Y de los hondos ríos
que el mundo bañan con veloz carrera
enfrenarás los bríos
hendiendo su ribera,
y, solamente en verte,
los montes sentirán dolor de muerte.

Y la demás corriente,
huyendo al mar, se entregará ligera,
gimiendo tristemente
la profunda ribera,

y el piélago sin suelo
levantará los montes hasta el cielo.

Y en su dorada cumbre
el curso detendrán el sol y luna,
y el ojo irá a la lumbre
de sus rayos a una,
en la luz de la lanza
resplandeciente, intenta a la venganza.

Con el sordo bramido
del numeroso ejército, hollando
irás el extendido
suelo, y tendrás temblando,
de tal fuor pasmadas,
las entes rsin aliento desmayadas.

Cuando librar quisiste
tu pueblo de la dura servidumbre,
de tu alcázar saliste
en vestido de lumbre
y al caudillo esforzado,
cual fuerte escudo te pusiste al lado.

Hiciste un golpe fiero
en casa del malvado, y la cabeza
rompiste a su heredero,
y toda su fiereza,
su estribo y fundamento
descarnaste y batiste hasta el cimientto.

De tu imperio glorioso
los cetros a tu voz fueron deshechos,
y el caudillo animoso
que, con gente y pertrechos,
cual tempestad venía
a hacer en mí cruel carnicería.

Venía ya a cebarse,
muy gozoso en la presa, el enemigo,
cual suele encarnizarse
sin temor de castigo
en un desamparado,
el que le coge, acaso, en apartado.

Mas tú, Señor, rompiste
con tus fuertes caballos la hinchada
mar, y a tu pueblo diste
larga y segura entrada
y en el húmedo cieno
paso fijo, seguro, llano, ameno.

Esto oí, y al momento,
mi corazón y entrañas se turbaron,
y del áspero acento
de aquesta voz temblaron
mis labios denegridos,
en el pavor helado enmudecidos.

Y ojalá consumiese
mis huesos este miedo y penetrase
hasta que los pudriese
y el aire inficionase,
y la tierra oprimida
de aquestos pies quedase corrompida.

Con tal que en el aprieto
de aquel tan congojoso y triste día,
me halle yo quieto
con segura alegría,
y suba vitorioso
al pueblo apercibido, belicoso.

Porque la fructuosa
higuera negará su primer fruto,

y de la vid hojosa
no cogerán tributo,
y la fecunda oliva
ya no responderá al que la cultiva.

Y los surcos ingratos
no pagarán el grano recibido,
y los copiosos hatos
serán en el ejido
de huestes saqueados,
y en los pesebres faltarán ganados.

Mas yo de aqueste estrago,
tan terrible y común, libre y exento,
un día tan aciago
no gozaré, y contento
en mi Señor y guía,
alegraréme en Dios, que es salud mía.

El Dios y Señor mío,
mi amparo y mi defensa y fortaleza,
que a mi paso tardío
dará tal ligereza
como a corza ligera
que al viento deja atrás en la carrera.

Y por tus encumbrados
cerros, ¡oh patria mía deleitosa!
y floridos collados,
la arpa sonora
con la voz acordando,
iré sus vencimientos celebrando.

FRAY LUIS DE LEÓN.

ESPINAS CUANDO NIEVA

(EN EL HUERTO DE FRAY LUIS)

*SUÉÑAME suéñame aprisa estrella de tierra
cultivada por mis párpados cógeme por mis asas de sombra
alócame de alas de mármol ardiendo estrella entre
mis cenizas*

*Poder poder al fin hallar bajo una sonrisa la estatua
de una tarde de sol los gestos a flor de agua
los ojos a flor de invierno*

*Tú que en la alcoba del viento estás velando
la inocencia de depender de la hermosura volandera
que se traiciona en el ardor con que las hojas se vuelven
hacia el pecho más débil*

*Tú que asumes luz y abismo al borde de esta carne
que cae hasta mis pies como una viveza herida*

Tú que en selvas de error andas perdida

Supón que en mi silencio vive una oscura rosa sin salida y sin lucha

JUAN LARREA

HOMENAJE A FRAY LUIS DE LEÓN

Ni mirto ni laurel. Fatal extiende
su frontera insaciable el vasto Muro
por la tiniebla fúnebre. Lo oscuro
un clarísimo son vibrando hiende.

Cálida voz extinta, sin la pluma
que opacamente blanca la vestía,
ráfagas de su antigua melodía
levanta arrebatada entre la bruma.

Es un rumor celándose suave.
Tras de una gloria triste, quiere, anhela...
Con su acento armonioso se desvela
ese silencio sólido tan grave.

El tiempo duramente acumulando
olvido hacia el Cantor no lo aniquila.
Su voz eterna vive, late, oscila
con un dejo purísimo: cantando.

Mas el vuelo mortal, tan dulce, ¿adónde
perdidamente huyó?... Deshecho brío,
el mármol absoluto en un sombrío
reposo melancólico lo esconde.

¡Qué paz estéril, solitaria, llena
aquel vivir pasado, en lontananza,
aunque, trabajo bello, con pujanza
surta una celestial, sonora vena!

Toda nítida, sí, vivaz perdura
azulada en su grito transparente.
Pero un eco es tan sólo, ¡ay!: no siente
quien le infundió tan lúcida hermosura.

LUIS CERNUDA

*E*ntre las ocupaciones de mis estudios en mi mocedad, y casi en mi niñez, se me cayeron de entre las manos estas obrecillas, a las cuales me apliqué más por inclinación de mi estrella que por juicio o voluntad. No porque la poesía, mayormente si se emplea en argumentos debidos, no sea digna de cualquier persona y de cualquier nombre; de lo cual es argumento que convence haber usado Dios della en muchas partes de sus sagrados libros, como es notorio: sino porque conocía los juicios errados de nuestras gentes, y su poca inclinación a todo lo que tiene alguna luz de ingenio o de valor, y entendía las artes y mañas de la ambición y del estudio, del interés propio y de la presunción ignorante, que son plantas que nacen siempre y crecen juntas, y se enseñorean agora de nuestros tiempos. Y así tenía por vanidad excusada, a costa de mi trabajo, ponerme por blanco a los golpes de mil juicios desvariados, y dar materia de hablar a los que no viven de otra cosa.

FRAY LUIS DE LEÓN

P O E S Í A

ERA mi dolor tan alto
que la puerta de la casa
de donde salí llorando
me llegaba a la cintura.

¡Qué pequeños resultaban
los hombres que iban conmigo!
Crecí como una alta llama
de tela blanca y cabellos.

Si derribaran mi frente
los toros bravos saldrían,
luto en desorden, dementes,
contra los cuerpos humanos.

Era mi dolor tan alto
que miraba al otro mundo
por encima del ocaso.

MANUEL ALTOLAGUIRRE

INVITACIÓN A LA TRANSPARENCIA

O

LA NIEVE HA VARIADO

Elisa, ya elpreciado
cabello que del oro escarnio hacía,
la nieve ha variado.

FRAY LUIS DE LEÓN

*L*A nieve antaño blanca es hoy de color violeta
si bien de ello el violonchelo
no tiene culpa completa

*En igualdad de condiciones
con los aeroplanos que justifican el espacio
examinemos el cielo
ese cielo que nos contrata para tenernos en dos pies
sobre este circo horizonte que a ti y a mí nos pertenece*

*Y puesto que la nieve su nuevo color no muda
robémosla cada noche sus zapatillas desnudas*

*Estos son los pronósticos
que de sus copos inmóviles
han logrado extraer los crédulos aviadores*

*Siempre que el cielo se venza de su costado izquierdo
y recomiende a las avispas una profesión de nobleza*

*Siempre que los sobres de las cartas de urgencia
se desvanezcan en tránsito de mariposas*

*y siempre que al doblar las esquinas de llanto
encontremos la solución de los ciegos
que dejaron en nuestras manos un polvillo de ángulos*

*será señal de la felicidad
y de tu buen corazón si el tiempo no lo impide*

*Perdóname si niego la antigüedad
de los vuelos y de su interpretación
cuando el ebanista desnudo
aún no sabe utilizar el nogal de virajes
para la bella confección de mañanas de otoño*

*ni se supone un próximo acierto
en el ensayo de cauce para las citas de amor
que se retrasan
tal vez por un temor desconocido
a la diafanidad de la espalda como cristal de aumento*

*Sea este nuestro horóscopo de posición vertical
con una visible tendencia
a la costumbre de antaño*

*Nieve de conveniencia
yo te invito
a que vuelvas a ser blanca y a tu actitud descendente*

Yo te invito a que seas blanca blanca y transparente

*Yo te invito
en obsequio del mar que no está escrito*

GERARDO DIEGO

EL INTÉRPRETE ENAJENADO

POETICAMENTE—esto es, creadoramente—sin ser por eso desleal al acento y a la belleza de los modelos, el Maestro fray Luis de León supo ser él mismo, y a la vez, este o el otro poeta traducido. Agrupemos unos pocos ejemplos de cómo fray Luis se enajena en Virgilio, en Horacio, en Habacuc, precisamente porque se los apropia, recreándolos, repoetizándolos en sus interpretaciones, a un tiempo apócrifas y fidelísimas, únicas posibles interpretaciones poéticas.

Las versiones horacianas entablan un verdadero torneo de concisiones, de prietas y curvas elegancias, de distendidas y sonoras nervaduras, en las que no siempre resulta vencedor el latino, aun jugando con la ventaja de un idioma más económico y flexible. Tomemos como ejemplo la oda a Lice *Extremum Tanaim* publicada en estas mismas páginas. El número de las palabras, si descontamos—naturalmente—los artículos y preposiciones del texto castellano, es aproximadamente igual en ambos idiomas: unas ciento. El de estrofas el mismo. Y, sin embargo, ni una sola de las frases del original, ni casi de los vocablos, ha sido olvidada. La diferente estructura de las estrofas es aprovechada por fray Luis para obtener—tornero siempre insuperable de las airosas liras—los más bellos efectos; sobre todo en los dilatados, extensos, o para decirlo con un epíteto muy suyo, tendidos endecasílabos finales.

Así

el que ofendido

al cierzo tienes en tu umbral tendido

colmando de extremo a extremo todo el primer término del cuadro, como en esas composiciones—Dánaes, Venus, el durmiente que sueña—gratas a los pintores renacentistas.

En la segunda lira, el *ut glacies nives puro numine Jupiter* es vencido por fray Luis que endurece y afila su verso, como la helada

a la nieve, en una obstinación de incisivas, lumínicas blancuras. Como matiz diferencial entre los dos poetas, apreciamos en el nuestro una más precisa, viva, estremecida impresión de la naturaleza que fray Luis nunca roza sin resistir la tentación de fijarla, en una imagen o palabra representativa, aun en la angostura de una versión ceñida.

Y ¿qué decir del *nec tinctus viola pallor amantium*? El traslado es exactísimo, salvo la singularización de los amantes en un solo enamorado, concentrando así la intensa expresión de los desvelos y miedos de amor, que aguzaron el gesto macilento:

*ni del enamorado
la amarillez teñida de violado.*

Cómo sabe el verso a nuevo, a recién colorido en el obrador propio de fray Luis, aun siendo no más una versión palabra por palabra. Pudo decir *palidez*, pero prefirió *amarillez* que es voz más apasionada, más intensa. Paleta de Castilla, como antes era también el *aire agudo* de la meseta el que convirtiera la nieve colgante en una dentadura de cuchillos inminentes, que amenazaban al Maestro León a su paso presuroso por las resbaladizas callejas salmantinas.

¿De quién son estos versos:

*La que poco antes era
maestra de guirnaldas, robadora
de la verde ribera,
en breve espacio de hora
no vió más de agua y cielo, noche, y llora.*

De Alberti? Son de fray Luis. Es decir, pertenecen al vivacísimo, al patético relato lírico de la fábula de Europa, siguiendo a Horacio en su oda a Galatea. Quiero sólo destacar las dos notas originales de fray Luis en esta hermosísima estrofa.

El *robadora de la verde ribera* que es algo más que el *in pratis studiosa florum* (también preferimos el *maestra de guirnaldas* al

opifex coronae) porque es el paisaje y la luz. Y el *llora* final, admirable ripio, porque humaniza y entenece la estrofa toda; si bien, en compensación se pierde el efecto de perspectiva—ilimitada—del *nihil astra praeter vidit et undas*.

Un solo ejemplo de Virgilio. Es en la égloga VI al cantar Silvano la creación del mundo.

*Altius atque cadant submotis nubibus imbres.
Incipiant silvae quum primum surgere, quumque
Rara per ignotos errent animalia montes.*

y romanza fray Luis:

*Ya toman las ligeras nubes vuelo,
ya el agua en largos hilos abajaba,
ya crece la floresta, y van por ella
los raros animales sin sabella.*

Los *largos hilos* del agua que *abajaba* son españoles. Han desaparecido los *ignotos montes*, y los *raros animales* caminan ahora por la *floresta*, desconocida, no en abstracto, sino por ellos precisamente, *sin sabella*. Qué originalidad, qué inocencia de entrevisto paraíso terrenal. ¿No estamos contemplando la *floresta*—que no selva ni bosque—de una tabla de primitivo flamenco o italiano, ingenuo escenario paradisíaco? Exotismos botánicos, apiñada fauna bienavenida de las más variadas e infantiles geologías. Extraño poder sintetizador el de la poesía:

*ya crece la floresta, y van por ella
los raros animales sin sabella.*

Si nos trasladamos ahora a la sagrada poesía bíblica, observamos ante todo que fray Luis ha cambiado de instrumento. No es ya la rústica avena virgiliana ni la acordada lira maestra. Es ahora la *arpa sonora*, el grave salterio, cuando no la vibradora trompeta de las profecías. Imposible ya emular al hebreo en su relampagueante y preñado laconismo, en su sintaxis rota, hendida,

violenta. El Maestro León traduce ahora dejando que los apóstrofes, sentencias e imágenes ardientes se desenvuelvan en armoniosas, cálidas, colmadas estrofas—más amplias que las liras a menudo, como en el sublime *Cántico de Habacuc* que imagino no bastante conocido—sin que por eso padezca el vigor poético, porque fray Luis extenderá los difíciles nudos de la poesía hebraica en expresiones bebidas siempre en la más genuina retórica bíblica.

Altísimo oficio el traducir de fray Luis que así sabe manejar dos técnicas distintas y aun opuestas. Una concentradora, exhaustiva para las odas clásicas. Otra expansiva, ampliadora, siempre vigorosa, para la orquestación—metales fulgurantes, nostálgicas maderas, patéticas cuerdas—de los salmos, trenos y cánticos sagrados.

No me queda espacio más que para apuntar, ya sin comentarios, algunos versículos de Habacuc, que del hebreo me traslada literalmente un autorizado hebraísta. Compárense con las estrofas leoninas y dejo al lector que deduzca tantos asombros como consecuencias.

*¿Acaso contra los ríos se enardeció, Señor
acaso contra los ríos, tu cólera
o contra el mar tu indignación?*

o sea, *Tú, Señor, no mostraste (estrofa 11).*

*Al oírlo se conmueven mis entrañas,
a tal voz retiemblan mis labios.
Entra pudrimiento en mis huesos
y mis rodillas tiemblan.*

Versión: *Esto oí y al momento (estrofas 23 y 24).*

Y el final:

*El Señor, Dios es mi fuerza
y hace a mis pies como de ciervos
y sobre mis alturas me hace caminar.
A El cantaré con mis cítaras.*

G. D.



C a r m e n

Revista chica de
poesía española

Director:

Gerardo Diego,
Real Instituto de Jo-
vellanos, Gijón

Depositario:

Manuel de la Escalera,
Gran Cinema, Alame-
da 1.^a, Santander.

Secretario-Administrador:

Luis Alvarez Piñer,
Cienfuegos, 18, Gijón.

Impresor:

Aldus, S. A. de Artes
gráficas, Santander.

PRECIO DE LA SUSCRICIÓN A SEIS NÚMEROS
NUEVE PESETAS

Carmen ha publicado en los números anteriores originales de Luis Cernuda, Rafael Alberti, Bartolomé Leonardo de Argensola, Jorge Guillén, Juan Larrea, Pedro Salinas, Federico García Lorca, José Somoza, José Bergamín, Luis Alvarez Piñer, Fernando Villalón y Gerardo Diego.

3 plas.